

Historia de vida

escrita con la memoria del corazón,
para leerse con la medida de la razón

Soledad Buenabad Jiménez

Mis ojos se abrieron a la luz primera el día 25 de marzo de 1923, por fortuna en el bello estado de Puebla, debido a que mi padre, por ser revolucionario en ese entonces, estuvo sujeto a cambios constantes de acuerdo con los vaivenes surgidos en el seno de una revolución fratricida en la que el pueblo luchó para terminar con una tiranía enquistada en el poder por más de treinta años, plagada de injusticias contra el proletariado, que tenía múltiples carencias (educación, alimentos y salud, entre las apremiantes), por lo que la mayoría de la gente que estaba en pobreza extrema decidió derrocar al gobierno porfirista.

En estos escenarios, el batallón al que perteneció mi padre estuvo establecido en el edificio anexo al templo de San Francisco (ciudad de Puebla), construcción arquitectónica del siglo XVII, convento de los primeros franciscanos encargados de la evangelización de los indígenas mediante la enseñanza y el aprendizaje cultural. El cuartel se ubicaba en otro punto de la ciudad, al suroeste, en San Baltazar Campeche.

Al terminar el movimiento armado, mi padre retornó al Distrito Federal (1928), su ciudad natal. En sus visitas a Puebla solía pedirme que lo llevara a esos lugares. Quizá la nostalgia le hacía recordar la amargura vivida en carne propia al abrazar la carrera de las armas, pues sus comentarios giraban casi siempre en torno al hambre, la carencia de agua que sufría toda la tropa y, sobre todo, la lejanía de sus familiares, que propició un dejo de tristeza. A borbotones emergían sus recuerdos y vivencias, que iban desde el último revolucionario en jefe, don Venustiano Carranza, con el que defendió los ideales del pueblo hasta que llegó la traición que culminó con su asesinato en Tlaxcalaltongo, Puebla. El Varón de Cuatro Ciénegas, como se le conoce, nos entregó la Constitución Política como ley suprema

vigente hasta nuestros días, a partir del 5 de febrero de 1917.

Como sabemos, continuaron las revueltas militares hasta lograr poco a poco la pacificación del país y así alcanzar el triunfo democrático que iniciara Francisco I. Madero con el lema "Sufragio efectivo, no reelección"; desde entonces se elige al presidente por voto directo y secreto para dirigir y gobernar al pueblo de México, por seis años, sin derecho a reelegirse nunca más.

Entre todos esos avatares se dio mi nacimiento en esta ciudad poblana, en un Viernes Santo. Mis padres vivían en el barrio de La Soledad, así que resultó fácil imponerme el nombre de Soledad Buenabad Jiménez.

Mi madre, originaria de la ciudad de México, llevó por nombre Dolores Jiménez González. Por su formación educativa, formal y no formal, representaba a la clásica mujer de finales del siglo XIX y principios del XX: sumisa, con tinte maternal, católica, muy hacendosa y obediente de las órdenes del jefe de familia, su esposo don Fernando Buen Abad Villarreal. Mi padre escribía su primer apellido separado, pero a mí se me ocurrió unirlos; mis hermanos nunca lo hicieron, situación por la que recibí un extrañamiento de su parte, dado que los apellidos son identidades que marcan un linaje. Sin embargo, hasta el presente, lo conservo así.

Lolita, como se le conocía a mi madre, siempre acompañó a su esposo con fidelidad y abnegación. Procrearon ocho hijos (siete mujeres y el menor de todos, que fue varón). A mi madre la sorprendió la muerte a la edad de treinta y ocho años, al cumplir mi pequeño hermano dos años de vida. Por el acta de defunción supimos que se le perforó el intestino por una parasitosis (tricocéfalos). La medicina de aquellos años no contaba con los adelantos científicos actuales.

De esta manera se reconfiguró nuestro hogar. Nuestro padre quedó viudo con seis hijos menores de edad; mi hermana mayor ya se había casado con el ingeniero Orozco en una ceremonia muy elegante, acorde a costumbres y tradiciones de esa sociedad conservadora de la década de 1930.

La que esto escribe requiere de una narración más amplia, dado que al fallecer mi madre yo no vivía a su lado, por lo que terminaré primero la descripción de la figura paterna.

A pesar de haber sido militar nuestro padre, guardamos el recuerdo de un hombre trabajador, honrado, respetuoso, responsable en el hogar y el trabajo. Portaba su uniforme verde olivo y en su quepis, con mucho orgullo, lucía en dos barras metálicas el grado de capitán segundo. En su cinturón, la inseparable escuadra cuarenta y cinco; sus zapatos, siempre relucientes de limpios. Además de cumplir exitosamente en su trabajo, al quedar solo asumió toda la responsabilidad del cuidado de mis hermanos. Llegada su jubilación dedicó aún más tiempo al hogar y a sus hijos. Por haber sido revolucionario, la Secretaría de la Defensa Nacional le asignó un aumento en su pensión como estímulo por haber servido a la patria. Falleció a la edad de ochenta y ocho años, de neumonía, en la ciudad de México.

Cabe aclarar que la mayoría de mis hermanos nació en esta ciudad capital, excepto las tres primeras. La primogénita falleció a los pocos meses de nacida sin que supieran por qué. Sobra decir que el tiempo y el espacio de aquellos años fueron aciagos, plagados de enfermedades, insalubridad y hambre.

A finales de la década de los veinte aún persistían los problemas económicos y la inestabilidad política. En ese entonces mis padres, radicados ya en la ciudad de México, habitaron diferentes casas de alquiler cercanas al centro. Entre las que recuerdo, vivimos en las calles de Guatemala, San Ildefonso, Donceles y, no podía faltar, Soledad y Academia. Esta última inolvidable para mí, porque allí estaba la escuela en la que cursé la primaria que, en ese entonces, no era obligatoria. Sin alabarme, me gustó la escuela, a pesar de su rigidez en la enseñanza y la aplicación del tan conocido lema: "La letra con sangre entra".

No reprobé ningún año y al terminar había recibido una educación integral impregnada de valores éticos y morales con gran amor a la patria y a sus héroes; al mismo tiempo aprendí a co-

ser, bordar, deshilar y tejer con gancho y agujas. Se incluía orfeón y gimnasia; en el deporte se practicaba el volibol, propio para mujeres.

Los profesores agotaban los planes y programas considerados en el plan de estudios; sin pretender exagerar, ese nivel de primaria englobaba lo que la secundaria actual.

Al terminar la primaria ingresé a la secundaria número 6, ubicada frente a nuestro domicilio (San Ildefonso), muy famosa por su planta de maestros destacados, entre los que recuerdo al ingeniero Jorge Quijano y a las hermanas López de Llergo, que entre los tres impartían las ciencias duras: matemáticas, física y química, pero no olvido a la miss Picazo en su enseñanza del idioma inglés, con un nuevo método impreso que luego se hizo obligatorio en la enseñanza media.

El edificio donde estaba la escuela es considerado una joya arquitectónica y en su interior se encuentra un mural del inmortal Diego Rivera. La instrucción media profundizaba más en el conocimiento científico, dejando al margen la realidad social en torno a la economía y política educativa, al implantarse en esos años (1936) la educación socialista y el artículo tercero constitucional que mencionaba: "la educación será gratuita, obligatoria y laica". No se enseñaba a los alumnos, la mayoría adolescentes, el conocimiento del ciclo vital humano, ni se impartía educación sexual. Al sexo se le veía como algo pecaminoso y sucio. A esto se agrega que ni las primarias ni las secundarias eran mixtas, es decir, las niñas iban a una escuela y los niños a otra, el género nos separaba. Esa situación favoreció de alguna manera la creación de "carreras femeninas" que, como atinadamente dijo Graciela Hierro: "eran extensión de las tareas domésticas", y las carreras "masculinas", "útiles para transformar el mundo y mantener a sus familias". Así surgieron las carreras de enfermería y magisterio como únicas opciones ofertadas al terminar la educación secundaria.

Entre la primaria y la secundaria aprendimos a ser hacendosas (bordar, cumplir con las obligaciones religiosas, ayudar en la cocina, cuidar a los hermanos pequeños), entre otras actividades muy apli-

cables en esas dos carreras profesionales. Mencionaré las academias comerciales para formar secretarías, en las que se enseñaba taquigrafía, mecanografía e inglés. Con estos conocimientos se capacitó a las primeras mujeres que pudieron emplearse con facilidad en esa ciudad capitalina, la que transitaba del latifundio agrícola a una nación capitalista; mi hermana mayor cursó esta carrera corta y se empleo de inmediato en los laboratorios Ifusa.

¿Qué sucedía conmigo, transitando de la niñez a la adolescencia? Al terminar la secundaria, papá y mamá decidieron que incursionara en el magisterio, así que mi padre me llevó a inscribir a la Escuela Normal para hacer la carrera de profesora; en esto influía mucho la familia de mi madre, debido a la cantidad de profesores que, desde mi abuela, tíos y tías, trabajaban en diferentes escuelas primarias y secundarias.

Ante esta decisión impositiva, no dije nada, me llené de valor, eliminé el miedo —o quizá se apoderó de mí la rebeldía— y días antes de iniciar las clases me dirigí a la Secretaría de Asistencia Pública, ubicada en la calle de Donceles, a pedirle trabajo al doctor Gustavo Baz, entonces secretario de la misma (aclaro que no se hacían las pesadas antecámaras de hoy). Cuando me recibió, me preguntó:

—¿Qué quieres, muchacha?

Juro no recordar más que una respuesta lacónica:

—Quiero ser enfermera.

—Pero, muchacha, estás jovencita para afrontar ese trabajo tan duro ante el dolor humano —me replicó.

El doctor se quedó pensativo y ordenó de inmediato que se me hiciera la propuesta para ocupar un lugar vacante como enfermera de tercera interina. No existía la clasificación actual, que corresponde a la de auxiliar en enfermería. Así empecé a trabajar en el turno vespertino, de las dos de la tarde a las diez de la noche, con un salario de sesenta y un pesos mensuales y un día de descanso a la semana.

Ante tal situación y firmeza de carácter, no conté con apoyo económico de mi papá para el transporte, mi cuñado lo sufragó. De esa

manera llegué al Hospital General sin saber nada de enfermería. Para fortuna mía, nunca faltaron buenas personas que me encauzaron, me enseñaron las diferentes técnicas y me ayudaron a desempeñarme dentro de los pabellones, antecedente de la división de los servicios médicos. Grande fue mi interés por el aprendizaje, cada día quería conocer más acerca de la enfermería, nunca tuve miedo ni mostré arrepentimiento de mi voluntad de convertirme en enfermera. Traía algo dentro de mí, es decir, nací con la verdadera vocación de servir a mis semejantes, por lo que a lo largo de los sesenta años en que la ejercí, siempre traté de superarme, hasta que alcancé el grado de licenciada en 1983.

Retrocediendo a la época del hospital, ahí pude saborear mis primeras experiencias como enfermera y me proporcionó conocimientos provenientes de eminencias de la talla del doctor Ignacio Chávez, Fernando Latapí y Pablo Mendizábal; estos últimos fueron mis jefes en el pabellón 20 y 25, respectivamente.

Tanta confianza tenía con los pacientes, que algunas veces acepté probar de sus alimentos. Recuerdo haber tomado té en los pocillos de algunos enfermos tuberculosos, desconociendo que se trataba de una enfermedad infectocontagiosa. En el pabellón 28, nombrado de Infectología, conocí la lepra, la escarlatina, la viruela negra y el tifo, por mencionar los males más funestos de aquellos años. A las personas ingresadas se les atendía hasta su canalización a lugares como Huipulco, el leprosario, y otros centros específicos. Ahora admito que me sorprende enormemente no haber contraído alguna infección, a pesar de exponer mi salud a diferentes riesgos sin ninguna prevención. En ese entonces no existía mayor antiséptico que el uso de yodo y merthiolate para proteger al personal médico y de servicio.

El tiempo inexorable, como siempre, transcurrió. A mis diecisiete años llegó un inesperado pretendiente. No estaba vinculado al hospital. Por azar de mi destino, era un hombre maduro, dieciocho años mayor que yo. Mi juventud, el no haber tenido amigos

ni acercamiento alguno a mis compañeros de trabajo (médicos, aspirantes, internos) ni a otros hombres, y mi inexperiencia en relaciones sentimentales fueron los factores que le facilitaron a este señor conquistarme y envolverme en caricias y besos que me pusieron en la antesala de sus deseos sexuales, de los que salí embarazada de mi hija mayor.

Debo aclarar que Manuel, como se llamaba este señor, era poblanco y viajaba seguido a la ciudad de México por motivos de trabajo; era herrero y se hospedaba cerca de nuestro domicilio. Cuando lo conocí estaba haciendo la balconería del cine Colonial, que aún se conserva.

Con el embarazo en evolución, consideré no seguir en mi hogar al lado de mis padres, a los que había defraudado. Gestioné en el hospital un permiso por tiempo indefinido, y cuando este señor me propuso irme con él a la ciudad de Puebla, no titubeé ante la oferta de la torpe huída. Me decidí sin pensarlo mucho, planeamos la acción, y juro que tuve temor y vergüenza de confesar a mis padres la gestación por la que cruzaba, y remordimiento por haberles fallado. Llegué a Puebla, mi ciudad natal, un 25 de julio. Lo recuerdo muy bien por haber sido el día en que abrí las puertas no de una nueva vida, como yo pensaba, sino las de un calvario que se prolongó por seis años. Me esperaba una vida muy distinta de la que me brindaba mi hogar materno y el hermoso jardín de ilusiones y satisfacciones que fue el Hospital General.

El hombre que sería mi compañero era un alcohólico, golpeador, sin respeto a mi persona ni al hogar brindado por sus padres, que me aceptaron, me ofrecieron cobijo y manutención. Es decir, era una familia solidaria muy religiosa; quizá se compadecieron de mí al conocer los defectos de su hijo, o quizá tuvieron esperanza de que al ser padre corrigiera su adicción, ignorando que el alcoholismo es una enfermedad crónica y progresiva que evoluciona hasta la muerte, como sucedió con el transcurso de los años (aunque ya no vivía a su lado).

En 1945 se instauró el Instituto Mexicano del Seguro Social por decreto presidencial. Como segundo estado del país, se favoreció a Puebla y a sus habitantes con una incipiente fuente de trabajo, a la que por cierto no dieron mucha importancia los habitantes debido al esplendor textil de la Puebla de Zaragoza. Con este motivo, una de mis hermanas vino a esta ciudad, con permiso de mi papá, a pedir trabajo como auxiliar de enfermería. Ingresó de inmediato al cumplir con los requisitos solicitados. Aclaro que también llegó a compartir conmigo el maltrato y las vejaciones de aquel hombre, mientras yo miraba mi entorno nebuloso y no encontraba solución a un torbellino mayúsculo, debido a que había procreado para ese entonces cuatro hijos: mi hija mayor, que era una niña muy hermosa (amor de madre) y tres varones.

Sé que quien lea estas líneas se cuestionará: ¿por qué tantos embarazos, si mi pareja era tan odiosa como la describo? Puedo responder que por falta de valor, por la inexistencia de políticas de planificación familiar, la ausencia de orientación médica, etcétera, pero asumo que por encima de todo giraba mi peor enemigo: el miedo, sí, miedo que se apoderaba de mí hasta en los momentos de intimidad, que hoy generalmente llaman hacer el amor. Este señor era muy agresivo, iba en contra de mis deseos, de mi voluntad a reservarme el querer o no acceder a sus exigencias sexuales. Crudamente, en la actualidad, a este acto se le confiere el calificativo de violación, porque no se respeta el derecho a decidir de la mujer si está de acuerdo en sostener relaciones sexuales.

Por todo eso, y más de lo descrito, ya circulaba en mi mente la idea de abandonar esa vida llena de maltrato familiar. Así, con el apoyo moral y económico de mi hermana, vencí por segunda vez el miedo y ambas huimos de ese infierno. Con tres de mis hijos salimos para siempre, pero con el corazón hecho pedazos. En un arranque de ira, su padre me arrebató a uno de mis hijos, un pequeño de apenas tres años de edad, para quedarse con él hasta que, siendo un joven de veinticuatro años, regresó a mi lado y, con su presencia, devolvió a mi cuerpo la parte mutilada. Lo acepté con júbilo y nunca le he

preguntado, hasta hoy, por qué abandonó a su padre.

Las circunstancias de la vida se dan de la manera menos esperada y así el destino nos llevó por otro derrotero. ¿Hacia dónde fuimos? Nos refugiarnos en el hogar que nos ofreció Salvador, un hombre que vivía con sus tres hijos varones; para variar, su casa estaba ubicada junto a la iglesia de la Soledad.

Aceptamos la oferta, dado que no teníamos ni un centavo. La separación, por demás triste y violenta, se dio en domingo por el estado de embriaguez en que se encontraba Manuel. Los golpes dirigidos a nosotras fueron impedidos por varios vecinos que se compadecieron de los niños que compartían sobresaltos y angustias. Las mismas personas nos ayudaron a trasladarnos al nuevo hogar. A nuestro arribo, quienes nos vieron se apiadaron de nosotros y nos ofrecieron algo de alimento para los niños, creo que era notorio que en todo el día no habíamos probado bocado.

El dueño de la casa trabajaba en la policía estatal, era comandante de esa corporación y lo conocimos por las múltiples veces que Manuel fue llevado a la comandancia debido a los escándalos que armaba al estar bajo el influjo del alcohol. Con estos antecedentes, sabía de su comportamiento agresivo, por ello nos ofreció su hogar e hizo honor a su nombre salvándonos de un funesto desenlace.

Conforme pasaron los días, nos dimos cuenta de que el favor no era gratuito. Nos convertimos en verdaderas sirvientas, pagadas con techo y parte del alimento; la otra parte la daba mi hermana en efectivo. Yo cocinaba, lavaba la ropa de todos, planchaba e iba al mercado a surtirme de lo más barato para alargar el dinero e intentar que alcanzaran los alimentos. Al poco tiempo notamos que este señor tenía dos intereses: llevar sirvientas para atender a sus hijos y satisfacer sus necesidades físicas, incluida su libido. Primero se acercó a mi hermana, y como ella lo rechazó, fue conmigo. Tuvimos comunicación entre ambas respecto a esta situación tan denigrante, es decir, que Salvador quería cobrarse el favor, y decidimos darle las gracias por su "generosidad y piadoso gesto". El peligro también

se extendía hasta mi hija, que transitaba a la ado-lescencia, al igual que los dos hijos mayores de Salvador. Sin pensar-lo mucho, tomé la determinación de enviarla con una tía, profesora que residía en la ciudad de México. Su estancia fue de un año y regresó a mi lado cuando habíamos alcanzando estabilidad econó-mica, laboral y emocional.

Mientras transcurría el tiempo, había llegado otra de mis hermanas (que en paz descansa) a trabajar al Instituto Mexicano del Seguro Social, cuando ya nos desempeñábamos como auxiliares mi otra hermana y yo. Nuestras edades oscilaban entre los veinte y veinticuatro años. Ya reunidas las tres, acordamos, primero, agradecer la “hospitalidad” brindada por el señor Salvador y de inmediato nos dimos a la tarea de buscar casa según nuestras posibilidades. Organizamos la economía del hogar: sería tripartito el pago de renta, luz, gastos de alimentación y para enviar a los niños a la escuela. Vivo muy agradecida a mis hijos por haber tenido el gusto al estudio. Este pasaje de mi vida, además de mí, lo recuerdan mi hija mayor y el menor, ya que mi otro hijo —ya fallecido— padecía de oligofrenia (retraso mental); él siempre se adaptó al hogar en el que yo estuviera presente.

Mi ingreso al Instituto Mexicano del Seguro Social en 1947 fue la panacea a mis grandes males, por segunda ocasión se abrieron las puertas a lo mío: la enfermería, a la que siempre he amado y servido. Este noble instituto me dio a saborear las mieles del estímulo y el reconocimiento. Al año de haber entrado, la dirección del hospital me designó para formar parte de una brigada que salió hacia el estado de Veracruz para realizar una vacunación masiva debido al desbordamiento del río Grijalva. Posteriormente, me autorizaron a tomar el curso que, por única vez, se impartió a las parteras empíricas llegadas de diferentes poblaciones para mejorar la atención del parto en el hogar. ¿Por qué a mí? Mucho tuvo que ver mi asignación al servicio de Ginecología y Obstetricia, donde los jefes siempre me apoyaron para mi superación

y aprendizaje debido a que debíamos salir a los domicilios para atender a las parturientas, siempre reacias a mostrar sus partes “íntimas” a un médico hombre y en un lugar desconocido: el hospital.

La institución, respetuosa de los hábitos y costumbres en torno al parto, puerperio y cuidado del recién nacido, autorizó la atención a domicilio, pero con la consigna de concientizar poco a poco a las personas para que admitieran el cuidado hospitalario e intentar así bajar el alto índice de mortalidad materna e infantil y pregonar la importancia de preservar la vida y la salud de madres e hijos. Con este adiestramiento cotidiano pude, en casos especiales y cuando había exceso de trabajo, atender un parto normal; en las distocias sólo participaban los médicos.

Gracias a todo el empeño, responsabilidad y entrega a mi trabajo, los servicios médicos me eligieron para recibir el Premio Nacional de Enfermería de manos del entonces presidente de México, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, en la Unidad de Congresos del Centro Médico Nacional, en una ceremonia muy emotiva donde reunieron a las enfermeras más sobresalientes del país. El 6 de enero de 1957 recibí un reloj de pulso y un diploma como auxiliar de enfermería. La Dirección del hospital me seleccionó como enfermera especialista a domicilio de diferentes políticos; el primero fue el profesor don Ramón Díaz Ordaz, padre del presidente de la República mexicana, y enseguida de los Ávila Camacho, responsabilidad que asumía aplicando las técnicas de enfermería con la mayor precisión para evitar cualquier error.

También se me abrieron las puertas de los hogares de grandes empresarios, como la familia Montoto, De la Fuente y Bada, entre los que más recuerdo, esto debido a que estuve asignada al servicio de rehabilitación, donde tuve como jefa a la inolvidable doctora Celia Jiménez Rojas, para entonces la mejor neuróloga clínica con que contaba el instituto; ella también participó en mi aprendizaje y lo estimuló.

En el sindicato ocupé varios cargos dentro del Comité Seccional, el más alto fue asumir la Secretaría femenil cuando estuvo como secretario el doctor Roberto Campuzano; también me desempeñé en la Secretaría del trabajo, la Comisión política, Previsión social y otros, cuando en realidad se procuraba la defensa del trabajador y no el beneficio de líderes y patrones.

Las tres hermanas trabajamos en el Hospital del Portalillo, y cuando se inauguró el Hospital Regional, en 1958 (hoy Centro Médico General Manuel Ávila Camacho), fuimos trasladadas y asignadas a diferentes turnos y servicios. Esos veintiocho años cobijada por este invaluable instituto estuvieron llenos de felicidad. Poseíamos un hogar lleno de paz y tranquilidad, reinaba la armonía en la planificación de nuestras actividades y no todo era trabajo, también había espacios para nuestra diversión y la de los niños; vestíamos con sencillez y a veces teníamos paseos a sitios cercanos, los que aprovechábamos para adquirir conocimientos.

Trabajar y estudiar me permitió realizar la carrera técnica de enfermería en la Universidad Autónoma de Puebla y jubilarme como enfermera general. Lo aprendido hizo posible que participara en diferentes jornadas médicas, como en la presentación de trabajos enfocados a la profesión, el desempeño de la enfermera y la importancia de su función social al ser responsable del cuidado de la salud humana en los centros hospitalarios y en la comunidad.

Mi vida transcurría de manera rutinaria, cuando el hombre que luego sería mi esposo me propuso matrimonio. En ese momento me perturbé un poco sabiéndome madre de cuatro hijos. Valoré la situación, lo consulté con mi familia —incluido mi papá— y con mis jefes inmediatos, debido a la confianza que les tenía por el trato diario. Sabedores de mi conducta y del interés por mi superación, les platicué de mi pretendiente, un hombre conocido que incluso había sido trabajador de Manuel, mi anterior pareja.

Todos estuvieron de acuerdo en que me uniera a un esposo para que no continuara sola como mujer y compartiera el hogar con

una figura paterna. Según los patrones sociales y culturales conservadores de entonces, las madres solteras siempre han sido mal vistas, marginadas y blanco de todo tipo de críticas. Y como, además, “el hombre es el único animal que se tropieza dos veces con la misma piedra...”, se llegó así la fecha de la boda: 7 de marzo de 1958.

Me sentía muy emocionada en la ceremonia religiosa por su solemnidad, como era y es la costumbre poblana. Al terminar la misa, toda mi familia y los compañeros de trabajo que tuvieron a bien acompañarme nos dirigimos a disfrutar de los alimentos especiales preparados para la ocasión en nuestro domicilio. Recibí muchos regalos de todo tipo, muchos parabienes y felicitaciones, un sinfín de ilusiones rodeaba mi mente.

De esta unión procreamos tres hijos, ahora profesionistas responsables. Al principio todo era miel sobre hojuelas, un hogar propio con seguridad al contar con el respaldo de un hombre. Na-vegando en ese mar de sorpresas, creía que no terminaría mi sueño, pero no medité en que Jorge, mi esposo, trabajaba fuera del estado, y con la distancia se propició poco a poco el alejamiento que rompió la unión familiar hasta hacerse definitivo, justo cuando nació mi hija, la más pequeña de los tres.

Debo aclarar que una de mis hermanas también se casó y la otra se fue a vivir con sus hijos. Así, de nuevo me quedé sola al resultar tan fugaz mi matrimonio. Reté de nuevo a mi fuerza física e intelectual para seguir en la ruta del Seguro Social, al que debo gran parte de mi conocimiento adquirido al lado de los enfermos, libros inéditos que no cuestan, pero a los que hay que poner mucha atención ante los signos y síntomas de cada uno en particular, debido a que cada individuo es único e irreplicable.

¿Resolvería sola la manutención del hogar, con mi único salario asignado en el instituto? No desmayé, solicité un préstamo al sindicato e inicié la venta de blancos para el hogar, zapatos y otras cosas más. En mi tiempo libre, que era poco, tejía a gancho chales, bufandas, estolas, colchitas para bebé, y todo lo vendía para completar

mis ingresos. Al mismo tiempo continuaba con la rehabilitación en los hospitales y a domicilio, pues siempre tenía pacientes y, de esta manera, cubría las necesidades del hogar y de la escolaridad de mis hijos. Cada día que pasaba me acercaba a la jubilación, como lo establecía el contrato colectivo de trabajo, veintisiete años para la mujer, sin límite de edad, pero por la seguridad en el salario trabajé veintiocho años, los cuales viví como la mayoría de los poblanos.

No todo era sacrificio y trabajo, también hubo solaz y diversión. Era una época romántica, surgieron diferentes tríos con hermosas canciones. Recuerdo a Los Panchos con su melodía Caminemos, que escuchaba en los camiones a la hora de mi traslado al trabajo; las grandes orquestas de esa época traídas a Puebla, la Sonora Santanera, los solistas de Agustín Lara, Gonzalo Curiel, y otros más, para amenizar algunos actos políticos o sociales a los que algunas veces asistía por invitación de personas que me conocían por mi participación en la política o en algunos círculos empresariales.

Me gustó mucho el baile y mi conformación física me permitía moverme con agilidad; la mayoría de las veces me acompañaba uno de mis hijos y me daba gusto como mi pareja de baile. Cada día que pasaba superaba las vicisitudes surgidas en mi vida cotidiana, pero, al mismo tiempo, se me formó un carácter fuerte; casi nunca he llorado ante situaciones difíciles y lo mismo le transmití a mis hijos, les decía que hay que afrontar el destino y resistir. Confieso no ser una persona melosa con ellos, pero les he entregado mi vida y por ellos he luchado a tambor batiente, los amo con to-do mi corazón y lo he demostrado con hechos. De esta manera he podido exponer que la mujer no sólo trasciende por la maternidad, sino también por sus logros. En mi caso fue sirviendo a mis semejantes, al cuidar de su salud y su vida sin buscar más recompensa que ser aceptada en todas partes con la frente en alto, ganada con honradez, trabajo y responsabilidad.

He demostrado que las labores del hogar, que son el sello de las mujeres, cuando se aplican bien, en situaciones emergentes, re-

di-túan en beneficios y trascienden a la sociedad. Dos años antes de mi jubilación gané el concurso convocado por los servicios médicos del Seguro Social para atender al enfermo crónico en su domicilio y bajar el costo hospitalario, por este motivo me asignaron al equipo médico de Atención Domiciliaria del Enfermo Crónico (ADEC), servicio comunitario en el que observé las grandes carencias de las poblaciones más pobres y llevé un informe al comité del voluntariado del Seguro Social para que les brindaran ayuda en especie; esas familias llevan a cuestas no sólo la pobreza, sino también el sufrimiento moral y físico de enfermedades crónicas e incurables (cáncer, diabetes, insuficiencias renales, cardíacas), por mencionar algunas.

Siento una enorme satisfacción por la creación de este servicio que se inició con cuatro pacientes. Ahora cuenta con dos turnos en el Centro Médico del Seguro Social. Trabajé con la misma responsabilidad de siempre hasta el último día en que llegó mi jubilación en junio de 1976. ¿Hacia dónde me conduciría ahora el destino?

La pensión otorgada por el instituto no me resultaba suficiente, dado que mis tres hijos estudiaban y los gastos iban en aumento. Ante este dilema, mi buena suerte no me abandonó. Surgió como bálsamo para sanar mis heridas una propuesta increíble: el entonces rector de la Universidad Autónoma de Puebla, el doctor Sergio Flores Suárez, me invitó a colaborar en la Escuela de Enfermería. Conocía al doctor debido a que el Seguro Social lo invitó a trabajar en el gabinete de medicina nuclear y yo fui su auxiliar en la administración del yodo radiactivo a los pacientes con problemas de la glándula tiroides. La docencia era otro sueño increíble que despertó en mí el mayor reto nunca antes vivido. Me preguntaba: ¿cómo pasar de ser enfermera asistencial y comunitaria a tener que asumir la enseñanza en las aulas, ante alumnas en vías de formación profesional? Siempre hablaré de alumnas, pues entonces no se les permitía a los hombres cursar la carrera, por lo que esta profesión siempre fue exclusivamente femenina.

Para asumir la nueva responsabilidad solamente me acompaña-

ban mis conocimientos científicos y médicos. Saqué toda la energía vital posible y mi salud íntegra, impresas en mi organismo y que han formado mi personalidad, para hacer de mí una triunfadora y no permitirme claudicar ante ningún desafío laboral surgido en mi vereda cotidiana. En todo el trayecto de mi vida lle-vo conmigo el orgullo de que mis hijos sean hombres trabaja-dores y honrados; debo aclarar que todo lo hice por ellos, no para recibir una pensión o que fueran mis damas de compañía, nada de eso. Ya formados, les planté un par de alas y ellos han volado de mi lado, así que sigo haciendo honor a mi nombre y vivo sola. La so-ledad es mi maestra, me ha enseñado lo que fui, soy y seré. Por ello continúo haciendo lo que me gusta.

De nueva cuenta me llené de arrojo y valentía, no sin antes haberme obligado a leer y estudiar libros de medicina para llevar las armas del conocimiento científico ante los grupos académicos. Con mucha seguridad me presenté en la nueva encomienda. Me pareció increíble, pero el 15 de febrero de 1977 formaba parte de la plantilla de docentes de la Escuela de Enfermería de la Universidad Autónoma de Puebla. Ingresé justo en el tiempo que culminaba la reforma universitaria iniciada por el ingeniero Luis Rivera Terrazas, rector de 1975 a 1978. Cuando estaba en funciones, ocurrió la toma del edificio Carolino, sede de las autoridades universitarias. El rescate lo llevó a cabo el químico Sergio Flores Suárez y el grupo cercano al rector al enfrentarse a los del Frente Uni-versitario Anticomunista (FUAS), agrupación a la que apoyaban el clero y los empresarios recalcitrantes contra los carolinos, que no permitían la ocupación de su universidad.

Debido a estos enfrentamientos había desorden en la administración, la docencia y la extensión de la cultura. Ante el compromiso del rector, nos sumamos a la organización de la Escuela de Enfermería, que no escapó de la violencia, y poco a poco se estabilizó la institución. Al desterrar a los FUAS, se impulsó a la academia, se cambió el obsoleto plan de estudios, se ordenó la administración, se

constituyeron las academias, se rescató la disciplina, tan necesaria en la formación de estas alumnas, que brindaron servicios de enfermería a las diferentes clases sociales. Por cierto, toda la historia de la enfermería en la ciudad de Puebla está recopilada en un texto de mi autoría publicado recientemente, intitulado: Sociología de una huella humana: la profesión de enfermería.

El primer cuestionamiento que me hice en mi nueva experiencia fue el siguiente: ¿la docencia es sólo la transmisión del conocimiento adquirido por el profesor y la obligación de los alumnos de memorizarlo? Al exponer estas carencias al rector Alfonso Vélez Pliego, recientemente fallecido, se comprometió a hacernos docentes a las quince enfermeras responsables de las diferentes enfermerías consideradas en el plan de estudios. Fuimos seleccionadas y, en convenio con la Universidad Autónoma de México, se nos dio el curso de docencia para enfermeras con una duración de dieciocho meses, coordinado por enfermeras especialistas de la Escuela Nacional de Enfermería. Con estos nuevos conocimientos aprendimos la metodología de la enseñanza y la utilización de los objetivos para diseñar y planear el trabajo académico y la investigación; fue un curso muy productivo para nosotras. Al apreciar durante el curso todo el conocimiento científico que poseían y la forma en que impartían las clases los docentes de México, me motivé tanto que decidí realizar la licenciatura en enfermería en la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia de la UNAM.

Al terminar en tiempo y forma, me titulé con mención honorífica. Sin pretender alabarme, fui la primera licenciada en enfermería y obstetricia en la ciudad de Puebla, motivo por el cual el gobierno municipal me otorgó la Cédula Real de la ciudad. El trabajo académico no es estático, día a día hay que actualizarse, y esto me obligó a tomar diferentes cursos aplicados a la enfermería. La propia universidad me becó para asistir a La Habana a tomar cursos de salud pública y pedagogía.

Durante mi trabajo cotidiano coordiné las academias de Funda-

mentos de Enfermería I y II, de Médico quirúrgica y Ética dinámica y profesional y, a mi regreso de México, la de Materno, debido a que mis estudios me otorgaron el grado de licenciada en enfermería y obstetricia.

Ocupé varias carteras cuando se formó el sindicato en coordinación con la universidad. También fui consejera universitaria y representé a la Escuela de Enfermería. Recibí de la vicerrectoría de investigación y posgrados el premio Doctor José Joaquín Izquierdo por veinte años de excelencia académica.

Varias compañeras formamos un grupo afín, siempre con el objetivo de proyectar a la Escuela de Enfermería como la mejor de la ciudad de Puebla. Procuramos preparar alumnas humanas, social y profesionalmente capacitadas para resolver los problemas de salud surgidos en todos los ámbitos de la población.

También coordiné el Servicio Social durante dos años. Este servicio reviste enorme responsabilidad al ser el tránsito de las alumnas hacia sitios, ya sea lejanos o cercanos a sus familias, donde transpolan los conocimientos adquiridos en las aulas a una realidad viviente; lo mismo hay que atender un parto, una deshidratación, un penetrado por arma de fuego o arma blanca, en fin, diversos pacientes con diferentes problemas de salud en los que las alumnas tienen que aplicar sus conocimientos científicos ajustándose a las leyes. Ellas solas toman sus decisiones y lo reportan a sus superiores, pero quien coordina el servicio debe estar periódicamente informada de la actuación de las pasantes para vigilar su constancia, conducta, aptitudes y actitudes, es decir, el refinamiento de su formación.

La coordinación de esta labor significa una responsabilidad permanente, porque nunca faltan problemas al estar las jóvenes alumnas acostumbradas a tener a las maestras a su lado, sobre todo en las prácticas hospitalarias, para ayudarlas a evitar cometer errores que acompañarían su expediente hasta su titulación.

Ingrato sería de mi parte no reconocer la proyección que me dio la universidad en los ámbitos académicos. El rectorado de Samuel

Malpica me designó para formar parte de su administración, la cual se caracterizó por la intromisión del gobierno estatal en la vida universitaria; junto con algunos universitarios se dio “golpe de Estado” al rector, lo que provocó de nueva cuenta el desorden político y académico por más de un año.

La estabilidad regresó después de casi dos años, cuando fue nombrado como rector José Doger. El secretario general de la universidad, Víctor Espíndola, propuso mi candidatura ante el Consejo de Salubridad, que dependía directamente de la Presidencia de la República mexicana, para optar por la presea Isabel Cendala y Gómez, al considerar que yo reunía los requisitos de la convocatoria. Competí con las mejores enfermeras del país, me evaluó el jurado y me otorgaron el premio. Recibí la medalla de manos del entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, el día 7 de abril de 1992, en Los Pinos, acompañada de mis hijos, gracias a que me dieron dos pases familiares.

Esta ceremonia de entrega de premios en diferentes categorías resultó muy sobria, debido a la belleza natural del lugar, revestido de acuerdo con el acontecimiento, y por la presencia del gabinete presidencial en pleno. Tuve la oportunidad de saludar al doctor Jesús Kumate, a quién conocí en el Hospital General, y platicamos acerca de nuestras vivencias en la década de los años cuarenta, como los arcaicos tratamientos para la sífilis, enfermedad infectocontagiosa en la que, para combatirla, se utilizaban algunos metales (oro, arsénico, los más comunes). La dedicación del doctor en la especialidad de epidemiología lo llevó a ocupar la Secretaría de Salud federal.

Días antes de asistir a la ceremonia, pensé en hacerle una petición al señor presidente, no para mí en lo personal, sino en beneficio de la Escuela de Enfermería, por haberme dado la oportunidad de cursar la carrera y también por la apertura en sus aulas, las que resultaban insuficientes para realizar todas las actividades inherentes a esa profesión, como los laboratorios de demostraciones, los de fundamentos de enfermería médico-quirúrgica, los conocimientos más

básicos en la formación de los alumnos(as), pues en esta época la escuela ya era mixta. Se debe reconocer que han egresado de las aulas también enfermeros formados con humanismo y conocimientos científicos, para sumarse a las diferentes instituciones del Sector Salud, poniendo en alto el nombre de la escuela.

En 1994 formé parte del comité de evaluación del plan de estudios que logró, al visualizar los cambios acelerados en el campo de la medicina, no seguir formando profesionales de nivel técnico, y con el apoyo rectoral se diseñó el nuevo plan de estudios para la licenciatura escolarizada, de esta manera la escuela de enfermería seguía a la vanguardia en el estado de Puebla.

Cuando se acercaba el día de mi presencia ante el señor presidente, redacté una carta que entregué en mano propia, en la que solicitaba cuatro aulas y un salón de usos múltiples. Afortunadamente nos los concedieron y, hasta la fecha, son parte de nuestra escuela. Este gesto generoso por parte de la Presidencia de México se extendía a mi persona por haberlos pedido, gestionado, y por ser de enorme utilidad para las actividades académico-científicas, función sustantiva de la universidad.

Al término de la construcción, jamás pensé que esa digna obra sería la causa de la rescisión de mi contrato. La envidia y el egoísmo surgieron de inmediato al marginar al comité que se había formado para dar seguimiento al dinero aprobado para la ejecución como un requisito de Solidaridad, entidad que supervisaba el avance y el importe invertido hasta su terminación. Al sentirme lesionada por el arrebató ilegal del rector y la coordinadora de la escuela, regresé a México y denuncié los hechos, lo cual fue considerado como "delito grave cometido por mi persona al evidenciar al rector ante autoridades federales", sustento para terminar mi relación laboral "sin compromiso" para la universidad. Jamás pensé que este bien se revirtiera contra mi persona y perdiera un trabajo ganado con muchas horas de estudio, responsabilidad y entrega para la formación de nuevas generaciones.

No esperaba un método político dentro de una unidad académica en la que formamos servidores sociales sin intereses personales. Al recibir la rescisión de contrato, entregada el 8 de diciembre de 1994 en el Centro Médico del Seguro Social, donde supervisaba las prácticas de los alumnos, sentí un balde de agua fría sobre mi cabeza y, al mismo tiempo, me vino al pensamiento la frase del maestro Ignacio Ramírez que dice: "Yo he probado mil veces la amargura, jamás como hoy, mezclada con mi llanto". Lloré, ¡claro que lloré!, ante tremenda injusticia. Se me privaba de mis derechos como trabajadora, como mujer y de sostener a mis hijos y mi hogar. Regresé alicaída, no a la escuela sino a mi casa, pensativa por este acontecimiento. ¿Cómo decírselo a mis hijos? Debía estar serena de-bido al consejo de mis vástagos: "No llorar, la vida es alegría, no la empañemos con lágrimas". Reunidos en la sobremesa, les mostré el documento del departamento jurídico que me informaba de mi rescisión. Lo leyeron y me mostraron todo su apoyo moral. Guardo una carta muy reconfortante escrita por mi hija menor.

Estos estímulos me levantaron el ánimo y no claudiqué. En mi interior meditaba ir a México a denunciar este hecho, por demás alevoso y falta de ética, pero el sexenio de Salinas había terminado el 1 de diciembre y las nuevas autoridades ignoraban mi situación. No encontraba a quién acudir. A pesar de que casi todos los diarios ciudadanos escribieron a mi favor reprobando la injusticia contra mi persona, la autoridad universitaria se mostró inflexible.

Esperé un tiempo, me acerqué a la autoridad estatal para exponer mi situación. Encontré eco para resolver este hecho por demás arbitrario y se ordenó solución. Como respuesta obtuve mi jubilación sin consultármelo. Era obvio que deseaba continuar laborando por ser mi hobby, pero me resigné. Continué con la maestría que había iniciado en la propia universidad.

En febrero de 1995 salió publicada la convocatoria de la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja, delegación Puebla. Me presenté y la admisión fue inmediata, con un pago de veinte pesos la hora-cla-

se. La acepté por ser una institución altruista y como un placebo para mitigar mi dolor. De esta manera combiné de nueva cuenta el estudio y la academia. El tiempo es tan efímero e inexacto, que el 5 de diciembre de 2004 obtuve el título de maestra en sociología, aprobada con mención honorífica.

Con motivo del Día del Maestro, el Honorable Ayuntamiento de Puebla me otorgó, en abril de 2003, el premio anual de Salud Municipal Doctor Mariano Joaquín Anzures y Ceballos, por la dedicación a la salud poblana.

Los alumnos de enfermería de la Cruz Roja me propusieron en la Alianza de Maestros, A.C., para optar por la presea Miguel Martínez Cervantes, la que recibí por excelencia académica el 22 de mayo de 2003.

El señor Enrique Montoto, uno de los grandes empresarios de Puebla, me propuso ante la Coparmex para recibir el Premio al Mérito Magisterial que otorga cada año este sindicato de empresarios (mayo de 2002).

El 6 de enero de 2003, Día de la Enfermera, el entonces gobernador del estado, Melquiádes Morales Flores, me distinguió en un acto especial por sesenta años de labor ininterrumpida en el campo de la enfermería y la salud pública. Con estos renglones termino mi trayectoria como madre y enfermera.

Es la primera vez que hago pública mi vida, motivada por la convocatoria publicada en el diario ciudadano Síntesis del 15 de julio de 2005. Para ser sincera, debo decir que lo pensé. No me decidía a hacerlo. Siempre he sido una persona discreta en lo que respecta a mi vida privada. Para mí es sagrada y se debe guardar lo dado por el destino, esto siempre lo apliqué en lo cotidiano.

Al mismo tiempo, pienso que cada persona es un misterio indescriptible para los demás cuando se niega a abrirse con modestia. La vida para mí ha sido un episodio que he vivido, gozado y amado con dedicación al trabajo. Ciertamente es que me he divertido, pero también he llorado, sobre todo ante dos sucesos funestos: la muerte de mi

hijo en un accidente y la pérdida de mi trabajo por circunstancias políticas.

Si me aventuré en este reto de hacer pública mi vida, es con la recomendación amplia, dirigida en particular a las mujeres de nuestro país, de que nunca se dejen intimidar por nadie y defiendan el respeto a sus derechos, denunciando a personas deshonestas y que abusen del poder en cualquier circunstancia.

Tenemos que disfrutar la vida por ser una verdadera misión. Hagamos un alto en nuestra realidad vivida, ya sea con la pareja, en nuestro centro de trabajo o en la intimidad del hogar y, como dice el título de mi “historia de vida”, abramos la memoria de nuestro corazón porque ahí encontraremos los pasajes que nos darán la fuerza para vivir con mesura y dignidad lo que nos reste de vida.